

El método histórico de Ferrero

Dos veces por semana, durante todo el mes de noviembre último, una animación insólita despertaba de su modorra, á la tarde, la fachada ceñuda del colegio de Francia... Son las dos: yuntas piafan á la puerta, unos cuantos automóviles resuellan. Se ven bajar á la acera mujeres apresuradas y friolentas. En la esquina de la plaza desembocan ancianos á pasitos cortos y menudos; estudiantes bajan apresuradamente por la calle Saint-Jacques, salvan la entrada de un tranco, tropiezan en las gradas, pierden el aliento. Y toda esta multitud ansiosa se amontona en el salón de honor, ocupando bancos que parecen pedidos á alguna escuela primaria. A las dos y cuarto el salón está lleno; á las dos y media desborda. Se distrae la espera mirando por los vidrios á los retardados afligidos. La impaciencia del público está llena de reserva y de discreción; apenas uno que otro cuchicheo, una que otra señal de reconocimiento, como conviene entre concurrentes habituales. Una joven, que no sonrío y que es bonita, saca de su bolsillo un Montesquieu; otros hacen febrilmente la punta á sus lápices, ó prueban sus estilógrafos. Todo el mundo, al contemplar en el estrado los anteojos de oro de M. Louis Havet, se recoge y se prepara para la docta palabra de Guglielmo Ferrero.

Las tres. Largo, delgado, negro, con una espina dorsal interminable, Ferrero surge delante de su pupitre; é inmediatamente, sin detenerse á ordenar sus notas, habla, ó mejor dicho, lee, siguiendo el uso de las universidades extranjeras. Lee con una voz cantante y al principio insegura, que se infla de pronto, que luego vuelve á bajar y se apaga en melopea; de esa boca italiana el francés sale con una armonía un poco extraña, y en el primer momento, no se podría decir si esa armonía agrada ó desilusiona. Se acostumbra uno á ella en seguida. Una vez que se tiene por delante esa pálida figura ascética, no es posible desprenderse ya de ella; los ojos chispean detrás de los cristales de los anteojos y atraen al auditorio; á los pocos minutos la voz se regula y se hace firme; agradece uno al profesor que no se enseñoree de la simpatía, que, por el contrario, la solicite con perseverancia. La simpatía no se niega al que le

deja el delicado placer de darse por voluntad propia, y, cuando se ha dado así, no hay peligro ya de que se la retire nunca.

Y en breve nadie piensa en observar al hombre; uno se hace todo mente. Sigue sin desfallecimientos la exposición luminosa, en la que las ideas generales parecen salir espontáneamente de los hechos que interpretan y sostienen; uno se siente encantado, y apenas se digna sonreír ante las interrupciones entusiastas de una que otra vieja dama entusiasta.

Al volver á su casa, uno recobra, sin embargo, el dominio de sí mismo; no discute su sentimiento, pero lo fiscaliza, y, abriendo una vez más los volúmenes de «Grandeza y Decadencia de Roma», trata de descubrir las excusas, los pretextos ó las razones de ese sentimiento.



En la admiración unánime que las conferencias de Ferrero han provocado en París entra indudablemente—y él no lo ignora—un grano de capricho del momento, y, para decirlo todo, de snobismo. Ferrero está de moda; las celadoras del buen gusto corren á él como en otro tiempo corrían sus madres á la filosofía del extinto M. Caro; los diarios más parisienses insertan, entre un eco sobre las carreras y una indiscreción política, la crónica de sus lecciones; sienta bien decir á las amigas: «Yo estuve».

Pero la moda explota y no crea; sería injusto reprocharle una ternura que concurda, esta vez, con la curiosidad de los especialistas. ¿No conviene felicitarle, por el contrario, de que la historia romana ejerza todavía una atracción tan universal?

El mérito de esto recae, en su mayor parte, en Ferrero. Su audacia, ante todo, seduce. Después de tantas disertaciones, manuales y tratados, después de Saint-Evremond y Montesquieu, después de Duruy y Mommsen, cuando se habían interpretado ya todos los documentos, confrontado todos los testimonios, comentado todas las fechas y establecido todas las responsabilidades, ese joven no vacilaba ante la empresa de levantar al lado mismo de eso, una construcción colosal.

En tres años publicó cuatro volúmenes. La gente se sorprendió al principio, leyó; no se sorprendió menos luego, discutió, aplaudió. En vano los gruñones y los envidiosos hablaron de plagio ó de paradoja; en vano intentaron aplastar al autor bajo el peso de su temeridad. Las críticas ó recriminaciones no pudieron prevalecer contra el triunfo de Ferrero; hubo que convenir en que, á falta de otra originalidad, sus libros tenían la de hacer á la historia antigua tan llena de vida como la contemporánea. En Francia, particularmente, se estaban leyendo desde hacía diez años las pretendidas novelas históricas con demasiada complacencia para no echarse sobre una historia que ofrecía todo el encanto de una novela.

He ahí, sin duda, las pequeñas razones del triunfo de Ferrero. Las hay más profundas. Si el joven autor supo descubrir desde el

primer momento un interés nuevo en la historia romana, es porque para examinarla se apoderó de una posición en que nadie antes que él había pensado establecerse: en una palabra, Ferrero fué sociólogo al mismo tiempo que historiador, y, para estudiarlo, conviene partir de este principio.



Cuando en la aurora de sus veinticinco años, el discípulo de Cesare Lombroso salió de Italia para dar su vuelta por Europa, no se figuraba que iba á hacer un día el balance de la grandeza y de la decadencia de Roma. Su mente se abrió á todas las esperanzas modernas, y á las más inconsideradas. El libro en que consignó sus notas de viaje es el libro de un observador sagaz, hábil para poner los hechos bajo la disciplina prevenida de unas cuantas ideas generales; ¿hay que confesar que estas ideas son netamente colectivistas, tanto en sus tendencias como en su expresión? A causa de ellas, la joven Europa hizo mucho ruido; menos, sin embargo, que una serie de conferencias que el joven profesor dió en Milán sobre el militarismo. En esas conferencias se encuentra la primera enunciación de las grandes vistas históricas de Ferrero. La historia entera aparece en ellas como «la obra de los infinitamente pequeños» incessantemente amenazada por «un duelo terrible entre el trabajo y la ociosidad». En esa época (1897) fué cuando Ferrero concibió el proyecto de una obra sobre el desenvolvimiento de la idea de justicia y de progreso á través de los siglos. Pero en seguida retrocedió ante la imposibilidad de una empresa semejante, y se puso á buscar un período restringido, pero significativo, en el que pudiera medir en detalle la evolución de las fuerzas sociales. Por un instante pensó en el siglo XVIII francés, y al fin se decidió á hacer un experimento con el imperio romano.

La elección era excelente. Roma, durante el período medio de ocho siglos, ofrece el espectáculo de una sociedad que, imperfecta al principio, va proveyéndose poco á poco de un organismo completo, cuyos resortes ablanda paulatinamente que se expande en virtud de una especie de impulso interior, que busca por largo tiempo en las convulsiones violentas, un equilibrio que huye de ella, para encontrarlo al fin, en el contrapeso armonioso de sus fuerzas mejor empleadas y que casi en seguida cae sobre sí misma y se disuelve preparando las civilizaciones futuras, Ferrero podía seguir así, la curva continua de una evolución social. Por otra parte ¿dónde habría encontrado una historia más ilustre, y nombres más brillantes é inveterados en la memoria de los hombres? En fin, hasta la abundancia de sus predecesores, lejos de poner trabas á su esfuerzo, le prestaban un valioso auxilio; la ciencia de ellos había debastado los materiales; volvería á hacer, sin duda, la fastidiosa y necesaria tarea de expurgar los textos, pero solo para verificarla, y esto importaba una economía enorme de tiempo y de labor. Nada lo distraería de su objeto.

De modo que la historia romana era la más apropiada de todas para recibir la primera aplicación del método sociológico de Ferrero. Pero, en sí mismo, este método no repugna á ninguna historia y puede ser fecunda para todos. Consiste en labrarse por sí mismos su fortuna; no hacen sino obrar bajo el impulso de una fuerza superior al instinto de las razas y á la voluntad de los individuos.

En esta fuerza no hay nada misterioso; es sencillamente la necesidad de vivir y de trabajar para vivir. Las necesidades determinan el esfuerzo hacia la riqueza, y la riqueza, á su vez, aumenta la violencia de las necesidades; este círculo, amplio indefinidamente, circunscribe el destino de los estados. Para reconstruir la historia de un pueblo, importa menos escrutar el genio de sus capitanes ó de sus legisladores que conocer las condiciones de su agricultura, de su industria, de su comercio, la cifra de sus importaciones, las leyes que rigen la propiedad raíz, la tasa de los intereses, el movimiento de los capitales. Valdría más ignorar la estrategia de una guerra que el balance de un presupuesto porque, en sí misma, una batalla, aunque á veces lo decida todo, no explica nada, pero la dureza de los impuestos provoca sordos malestares, crea las rivalidades entre las clases, de lo que surgen indirectamente los combates ó la paz. ¿Qué hay que decir sino que la historia económica es la llave de la historia política?

Salta á la vista el interés de un método semejante; pero se comprenden también las dificultades de su aplicación. O las informaciones precisas sobre las finanzas, el comercio y la industria de un pueblo serán profusas, como habría pasado con el siglo XVIII francés y entonces el historiador correrá el riesgo de ahogarse en sus fuentes, porque el desdoblamiento de los hechos trabaré el florecimiento de las ideas; ó, por el contrario, habrá escasez de documentos, y entonces ¿en qué fundará el historiador su filosofía?... En este caso está todo el período antiguo. Los escritores que nos han transmitido el recuerdo de sus épocas respectivas son más narradores que historiadores: exponen los hechos tal como los han conocido personalmente ó por referencias; no se aventuran á explorar las causas lejanas de ellos; cuando más, se aplican á la psicología de unos cuantos individuos cuyas decisiones bastan, á juicio de ellos, para explicar todos los hechos. Tácito mismo concentra la historia en el alma de un pequeño número de hombres. ¿Cómo se sostiene la enorme máquina del imperio? ¿Por medio de qué ramificaciones infinitas llegan las órdenes del gobierno central hasta los extremos más remotos de las provincias? ¿Qué burocracia admirablemente organizada se impone entre el príncipe y el último de los ciudadanos? ¿Por qué escala suben ó bajan los impuestos? A todas estas preguntas Tácito no da más que respuestas sueltas ó fragmentarias; y hasta ahora no ha sido sino penosamente, y valiéndose de la epigrafía y de la numismática, cómo se ha tratado de reconstruir esa humilde historia, que, sin embargo, es la vida entera de un pueblo. La pobreza de Tácito sobre estos puntos permite medir la indigencia de sus predecesores.

Ferrero no se desalentó ante el obstáculo: lo obvió.

Una tarea se le imponía ante todo. Había que extraer de los relatos muchas veces falsos, siempre confusos, de los historiadores antiguos, la pequeña parte de indicaciones útiles que contenían: aquí, una anécdota sin trascendencia para la mente del autor; allá, una cifra; más lejos, todo un desenvolvimiento; las más de las veces una frase, menos aun, una línea ó una palabra, pero esa línea ó esa frase era un asunto muy delicado, en el que había que proceder con una especie de intuición. Más peligroso aun era interpretar esos datos, relacionarlos, sacar de ellos todas las consecuencias convenientes. Porque ¿en qué principio ó en qué razonamiento había que apoyarse para poder coordinar elementos diversos, incoherentes, oscuros todos á veces? Por otra parte, si no se los utilizaba ¿para qué haberlos extraído tan meticulosamente de los textos?

Aquí es donde Ferrero hace intervenir dos procedimientos que se han considerado audaces, pero que con todo, no exigen á la mente humana más de lo que esta puede conceder legítimamente.

Basándose, ante todo, en la inducción, Ferrero transporta con restricciones prudentes, lo que sabe sobre el estado económico de una época á la época inmediatamente anterior; ¿puede haber algo más legítimo?... Los fenómenos de este orden se declaran con lentitud; no es exagerado suponer el espacio de una generación entre los orígenes oscuros de ellos y su manifestación completa. «El mundo económico es un cambio perpetuo — dice Ferrero; — de suerte que, si el azar nos hace poner el dedo en un punto cualquiera, debe recordarse que este punto pertenece á una larga curva que hay que tratar de restablecer».

De manera que, cuando Ferrero infiere del testimonio que suministra Varron sobre el estado social de Italia en el tiempo de César, que la transformación de que se trata había comenzado treinta años antes, en ocasión de la muerte de Sylla, el historiador no hace más que usar el derecho que tiene la ciencia para construir una hipótesis; pero esta hipótesis se hace una certidumbre cuando el historiador demuestra que solo una transformación profunda, después de la muerte de Sylla, permite explicar el juego de los partidos políticos. ¿Es posible, en verdad, poner alguna tacha á la corrección de este razonamiento?

El otro procedimiento, fuerza es confesarlo, parece mucho más arriesgado. Consiste en dirigir sobre la antigüedad la luz de nuestra civilización moderna. Sobre la explotación económica de Galia y de las provincias bárbaras no se lee más que una frase en Dion: «La causa de la revuelta fué el insoportable peso de los tributos». Muy poco es esto á propósito de un hecho tan lleno de consecuencias. No importa. Ferrero ha observado el mismo fenómeno en Cerdeña después de la constitución del reino de Italia; relaciona todas las circunstancias de él con el primer siglo de la Era Cristiana y las describe como si las hubiera observado con sus propios ojos. A veces la asimilación que se establece es más estrecha todavía, y al mismo tiempo se hace más fecunda. Puede parecer

un simple rasgo de ingenio decir que en los últimos siglos de la república, «muchas familias patricias no supieron aprovechar las ocasiones que se ofrecían entonces, así como pocas familias nobles de la vieja Europa, en nuestro siglo, han sabido fundar industrias ó especular en la Bolsa»; sin embargo, esta simple comparación instruye más que muchas páginas. Más lejos se nos dice que «el cuerpo electoral se hizo en Roma cosmopolita y heterogéneo con una política demagógica que tal vez solo puede compararse con la política actual en los Estados Unidos; ¿qué otra explicación pondría mejor de relieve la importancia de la inscripción de los libertos entre las tribus de los ciudadanos?

Ferrero no hace mal, pues, en protestar contra la severidad de que algunos han dado muestra con respecto á él. Le reprochaban que deformaba la historia antigua con sus comparaciones. No veían que estas comparaciones encubren, bajo un aspecto pintoresco, un razonamiento analógico cuya corrección no es sospechosa, si es cierto que las grandes leyes de las transformaciones económicas y sociales permanecen estables á través de la diversidad de las épocas y del trastorno de los pueblos. Según sus propias palabras, Ferrero no ha hecho más que «remontarse del presente hacia el pasado por el camino natural que lleva de lo conocido á lo desconocido». Los defectos de este procedimiento los conoce él, sin duda, tan bien como sus detractores: debe saber que la analogía del presente con el pasado, legítima para aclarar las causas profundas y permanentes de los fenómenos históricos, se hace discutible cuando se trata de reconstruir el aspecto exterior y la fisonomía de esos fenómenos; los hombres, siempre idénticos en el fondo, difieren infinitamente, según los siglos, en sus usos, en sus costumbres, en sus manías y hasta en sus rostros; se corre tal vez algún riesgo al querer relacionar demasiado estrechamente civilizaciones desemejantes. ¿Vale la pena, en verdad, que la historia haya estado enseñando durante cien años á distinguir tan minuciosamente las épocas para que confunda hoy á Lúculo ó á Marco Antonio con Napoleón? so pretexto de hacer al César más interesante. La Calprenede y Mlle. de Scudéry lo han pintado con las facciones del gran Condé . . . Se ve cuál es el capítulo de cargos y qué es lo que se insinúa cuando se acusa á Ferrero de «disfrazar» y de «componer» la historia romana. Sería fácil agregar que una cosa es embrollar las fechas, los hechos, las figuras, y otra recalcar las similitudes para establecer mejor las oposiciones. Pero ¡bah! La cuestión es otra: ¿nos ayuda, sí ó no, el método establecido por Ferrero á penetrar más hondamente en la sociedad y en las almas antiguas? Si podemos responder que sí, conformémonos con unos cuantos inconvenientes difíciles de evitar, y toleremos el orgullo con que Ferrero proclama que esos son «defectos inherentes á la constitución de la mente humana».



Ahora bien: no se puede negar que el esfuerzo de Ferrero nos propone una explicación más clara del imperio romano y de su evolución. ¿Qué se aprendía hasta hoy en el liceo y en los manuales, sino la gloria de unos cuantos héroes sonoros, tanto más admirados cuanto menos comprendidos? Apenas se percibía en la sombra uno que otro eco de la rivalidad entre patricios y plebeyos, rivalidad cuyas causas y significación no se penetraba.

En vez de este cuadro grandioso é incoherente, Ferrero nos presenta el espectáculo de una ciudad que nace por sí misma á la grandeza y que se esclaviza espontáneamente á la necesidades de la vida; unida, sin duda alguna, pero compuesta de elementos diversos y adventicios; aristocrática al principio, ruda y militar; luego, á medida que la necesidad de oro la precipita á las conquististas, mercantil é imperialista; demagógica al fin, corrompida, envilecida por tiranías sucesivas, hasta que el exceso del terror y de la extenuación la echan hacia lo que Augusto podía salvar de la antigua libertad. Ciudad tan profundamente diferente de sí misma que en realidad ha habido tantas Romas como generaciones romanas. Cada una de ellas, sin embargo, conservaba algo de la anterior; de ahí las luchas incesantes que desgarraron su seno y que tuvieron todas por fin la victoria del progreso sobre la tradición.

Pero estas luchas serían ininteligibles si no tuviera uno presente cuáles fueron á la vez su móvil y su propósito. Ni los partidarios de los Gracos, ni los de Catilina anhelaban el poder; lo que deseaban eran las tierras y el dinero; sus adversarios no se aferraban á las magistraturas más que para conservar la riqueza. Si Pompeyo, César, Antonio, fracasaron en sus tentativas de dominación, es porque el instinto conservador de la clase media se rebeló antelas amenazas de ellos; y el triunfo de Augusto no se explica ni por su genio, ni por su fuerza, sino por el irresistible anhelo del pueblo de descansar, después de tantos trastornos, en un régimen capaz de garantizar á la vez al estado contra la opresión de los generales, y á la propiedad contra las rapiñas de sus soldados. Actium fué la victoria nacional de Italia porque «con Actium Italia evitaba la bancarrota».

De suerte que, al analizar las terribles convulsiones que fueron el origen de la grandeza romana, Ferrero no pierde nunca de vista que «las grandes crisis económicas y sociales no se resuelven con legisladores ó con capitanes de genio, sino por medio de los pueblos mismos, que, trabajando, aumentan su riqueza, y que de su sufrimiento hacen salir su felicidad».



En efecto, en una historia semejante ¿qué papel se reserva al genio? Si el movimiento social resulta únicamente de factores económicos ¿qué van á hacer un Sylla, un Lúculo, un César, sino retardar su marcha ó precipitarla intempestivamente? Ferrero no necesita los grandes hombres. Los más universalmente admirados pierden en la obra de él algunos rayos de su aureola. Sylla no es más que «el gi-

gante del egoísmo», que, necesitando ver restablecido el orden en Roma, se instituye «autor de una gigantesca operación de policía»; su obra no lo sobrevive un solo día. César, «con su despreocupación genial», oscila por largo tiempo entre los partidos, fracasa en sus tentativas para conciliarlos, estimula su ambición con las deudas, y no llega á la tiranía sino en defensa propia. A otros, en cambio, Ferrero agranda. Octavio se alza como un general de genio «cuya influencia no podrá ponderarse nunca demasiado». Se venga á Antonio del desprecio de la posteridad, siempre injusta para los desgraciados: «verdadero heredero y discípulo de César, era el único de los triunviros que se atrevía á idear y á realizar grandes cosas». Alma ardiente en un cuerpo infatigable, fué aplastado, no vencido. No contento con revisar así los papeles de la fama, ¿no llega Ferrero en cierto pasaje hasta hablar de un «destino de la historia»? del que los grandes hombres son siempre «juguetes» y ora «instrumentos inconscientes», ora «víctimas». Esto basta para que se le acuse de restituir á no se qué obscura deidad la presencia y el genio de que despoja á sus héroes.

Pero Ferrero ha tenido cuidado de advertir que el Destino de la historia es simplemente una apelación cómoda que da «á la coincidencia ó á la precipitación imprevista de los acontecimientos, y á la expansión de las fuerzas ocultas». Ninguna divinidad interviene en la corriente de las cosas; pero también ningún hombre es capaz de desviar esa corriente. Nunca ha prevalecido una fuerza individual contra la suma inmensa de las fuerzas colectivas que forman el destino de un pueblo. Por haber desconocido esta ley es por lo que se quebraron César y Antonio; y de haber sabido comprenderlo dependió el triunfo de Octavio. Decir esto no es negar el genio de Antonio ó de César, como no es tampoco condenar al genio en masa; es presentar solamente un concepto nuevo de él.

Cuando se reducía la historia de un pueblo á la de sus héroes, era fácil alzar á éstos sobre su pedestal solitario; todo se les atribuía: ellos lo habían hecho, ordenado, previsto todo; en su juventud se les presentaba provistos de vastos proyectos, y la vida de ellos no era más que la realización armoniosa de esos proyectos. Desde la muerte de Sylla, César meditaba la dictadura y los cuarenta años de su carrera política fueron la paciente realización de su sueño.

La realidad es diferente. En la historia, tal como Ferrero la reconstituye, el hombre de genio no es el que concibe sino el que comprende. Todos los días la realidad le plantea problemas; toda su atención es poca para resolverlos. No domina las cosas, no las violenta; se adapta á ellas, y, continuamente absorbido por este trabajo de adaptación, no tiene tiempo para anticiparse al porvenir. Así procede César: sus cualidades dominantes son la inteligencia inmediata y la decisión. Obra toda vez que su ambición se lo manda, pero está lejos de prever todas las consecuencias de sus actos. «Obedecía siempre á motivos inmediatos, y los sucesos que puso en marcha lo arrastraron más lejos de lo que se había figurado». En todas sus empresas llevó siempre una cuenta exacta de lo que el estado de su época le permitía aventurar; el día que

dejó obrar libremente á su genio demasiado vasto, las fuerzas que había estado comprimiendo violentamente se expandieron, y murió entonces. Las mismas fuerzas obscuras que no había aprovechado como colaboradoras aplastaron á Antonio; sin embargo, Antonio poseía la mayor parte de las dotes brillantes que se acostumbra admirar en los héroes. Octavio, por el contrario, era débil, enfermo, cobarde; pero no intentó imponerse á las circunstancias; simplemente, desarrolló su esfuerzo «con vigor lento» en la misma dirección que ellas seguían, y, poco á poco, las circunstancias lo llevaron á la cumbre. No hay ejemplo más significativo que éste; nunca, ni cuando aceptó el principado, «creía hacer Octavio una revolución cuyos efectos habrían de repercutir hasta nosotros», y si triunfó fué sólo porque hizo á un lado todos los intereses «que veía en su poder la garantía de la situación que habían conquistado». El más ilustre de los héroes romanos no creó su poder, lo soportó.

Según Ferrero, esto no es porque al gran hombre le esté prohibido adelantarse á su época; puede acelerar á veces el movimiento de la corriente, con tal que aproveche el momento oportuno; es cuestión de adivinación y audacia. Los Gracos fracasaron porque los tiempos no estaban maduros todavía; Lúculo, por el contrario, como aprovechó la ocasión oportuna, abrió magníficamente el camino al imperialismo de los grandes capitanes. Perdonemos á Ferrero que reserve sus predilecciones para algunos de estos iniciadores y sepamos convenir en que el concepto que propone sobre el papel de ellos no rebaja un punto á los grandes hombres; éstos nos parecen más grandes aun, por ser menos desmesurados. Y los comprendemos más: para ponerlos así, en lucha con las dificultades cotidianas. Ferrero, tiene por fuerza que penetrar más en el pensamiento de ellos; mide sus anhelos, adivina sus instintos, pesa sus escrúpulos y sus hesitaciones; los muestra ansiosos, abatidos, inquietos y de pronto entusiastas ó sobreexcitados; reconstruye, en todos los momentos, el último día que pasó César en Rávena antes de flanquear el Rubicón; y con esto la historia económica y social se hace una historia realista y psicológica: Ferrero es un maravilloso escrutador de almas.

Es también un artista muy seguro. Sabe componer: y en este punto como en tantos otros, su historia contrasta agradablemente con la de Mommsen. Los capítulos se distribuyen con claridad; en cada uno de ellos el material está ordenado de una manera luminosa; se entiende sin esfuerzo los asuntos más complicados; las consideraciones generales distraen la atención y no la absorben por completo. En cuanto al estilo, su elegante precisión no le prohíbe el lujo de las imágenes; hasta hay algunas en que nuestro gusto francés desearía ver más sobriedad; en los desarrollos filosóficos hace pensar en el Chateaubriand de las «Memorias de ultratumba»; en las narraciones, recuerda, con menos amplitud, las mejores páginas de G. d'Annunzio.

Con tal arte al servicio de un método semejante, no es extraño que Ferrero haya conquistado tan rápidamente á la virgen loca de la fama. Su historia era la que convenia á nuestra generación. Los románticos tuvieron el idealismo apasionado de Michelet; la erudición meticulosa de Taine y sus generalizaciones obstinadas satisficieron otra época prendada del análisis y de la lógica; encontramos en Ferrero nuestra afición á las explicaciones materialistas de los hechos; y su talento sacrifica á lo pintoresco y á la retórica lo suficiente para halagar al romanticismo depurado que, hace algunos años, hizo entre nosotros una resurrección tan brillante. Las teorías del joven profesor italiano nos irritan y nos seducen: no nos deja nunca indiferentes.

Si el espíritu general de su método está subordinado al juicio público, toca á los especialistas discutir las aplicaciones de él en el detalle. Y los especialistas no han dejado de hacerlo. Hay filólogos que se han complacido en hacer resaltar con acrimonia errores insignificantes, una tendencia indiscreta á las conjeturas, torpezas en fin ó temeridades de interpretación, cosas que, sin necesidad de ellos, los más profanos habrían podido notar. Hay que lamentar, en verdad, que el ardor todavía juvenil de Ferrero haya dejado de tomar todas las precauciones deseables contra la desconfianzas y las denigraciones; pero un pequeño número de reservas necesarias sobre cuestiones accesorias no puede aminorar el mérito á la originalidad de su tentativa.

Pero Ferrero opone la misma serenidad á las recriminaciones y á los entusiasmos. Prosigue su obra. Se diría que siente esa embriaguez intelectual tan felizmente definida por él á propósito de César: «esa sobreexcitación fácil, intensa y progresiva de la mente en el trabajo; esa vivacidad divina en el pensamiento y en la acción; ese deleite de esparcir su energía por una extensión cada vez más vasta de proyectos y de obras, gracias á la cual las fuerzas del cuerpo y de la mente, la lucidez y la rapidez de la inteligencia, la flexibilidad y la fecundidad de la imaginación, aumenta á medida que la obra realizada va tomando más grandes proporciones». El cuarto volumen de esta obra se detiene, en la traducción francesa, en los albores del principado de Augusto; pero las conferencias del colegio de Francia han sido un anticipo de los volúmenes que vendrán tras él y que seguirán exponiendo, para fama de su autor y para satisfacción nuestra, las causas muchas veces desconcertadoras y las preparaciones obscuras de los triunfos con que, durante ochos siglos, Roma estuvo deslumbrando al mundo.

MAURICE LEVAILLANT